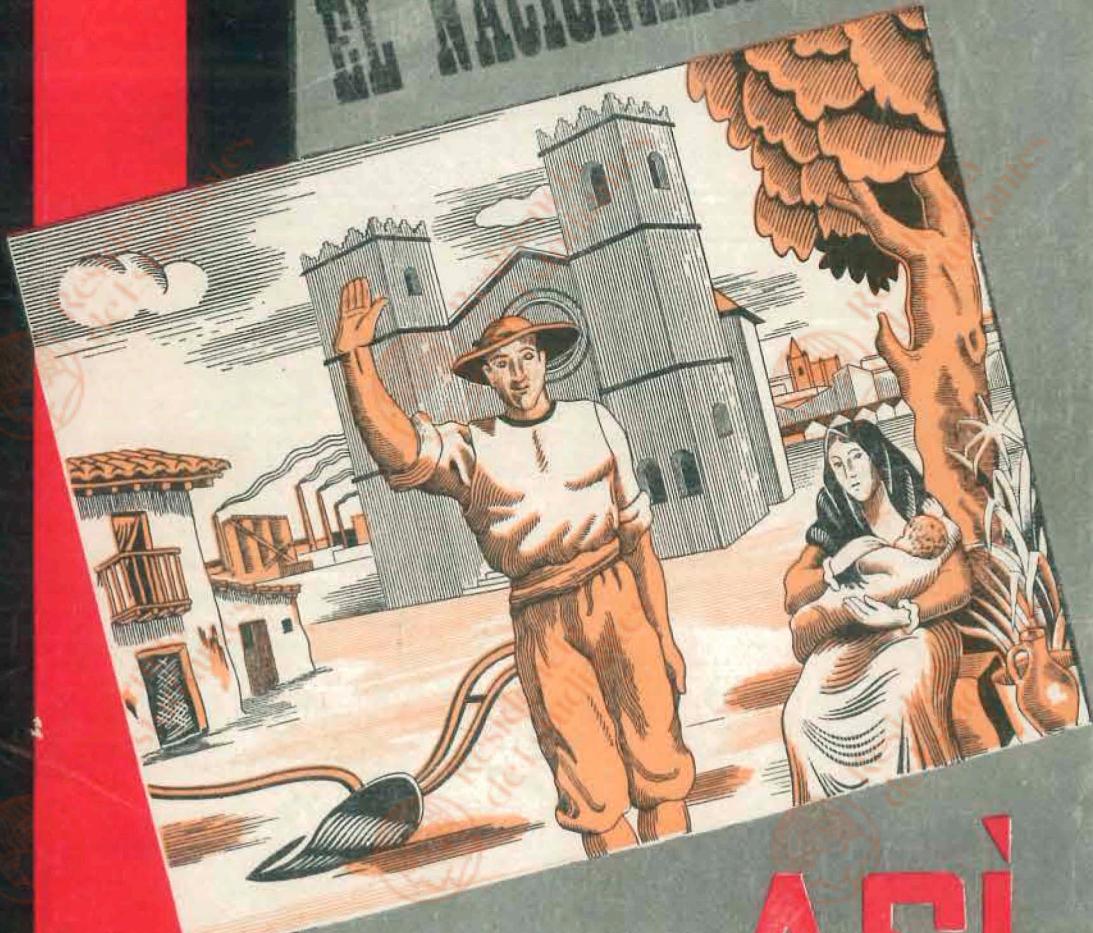


FEDERICO DE URRUTIA

Residente
de la Andalucía
Residente
de la Andalucía

EL NACIONALISMO LOCALISMO



es

ASÍ

1,500

El Nacionalsindicalismo

es

ASI



ESTE LIBRO LO ESCRIBIO
FEDERICO DE URRUTIA
EN EL
III AÑO TRIUNFAL

Por la Patria,
el Pan
y la Justicia



Dedico estos
pensamientos
a la
memoria
de
JOSE ANTONIO

¡ARRIBA ESPAÑA!



A manera de prólogo

REVOLUCIONES

NOSOTROS, frente a la defraudación del 14 de Abril, frente al escamoteo del 14 de Abril, no podemos estar en ningún grupo que tenga más o menos oculto un propósito reaccionario, un propósito contrarrevolucionario, porque nosotros, precisamente, alegamos contra el 14 de Abril, no el que fué violento, ni el que fué incómodo, sino el que fuese estéril, el que frustrase, una vez más, la revolución pendiente española. Y por eso, nosotros, contra todas las injurias, contra todas las deformaciones, lo que hacemos es recoger de en medio de la calle, de entre aquellos que lo tuvieron y lo abandonaron, y aquellos que no lo quieren recoger, el sentido, el espíritu revolucionario español que más tarde o más pronto, por las buenas o por las malas, nos devolverá la comunidad de nuestro destino histórico y la justicia social profunda, que nos está haciendo falta. Por eso nuestro régimen, que tendrá de común con todos los regímenes revolucionarios, el venir así del descontento, del amor amargo por la Patria, será un régimen nacional del todo, sin patrioterías, sin faramallas de decadencia, sino empalmando con la España exacta, difícil y eterna que esconde, la vena de la verdadera tradición española; y será social en lo profundo, sin demagogias porque no hará falta, pero implacablemente anticapitalista, implacablemente anticomunista.

Ya veréis cómo rehacemos la dignidad del hombre, para sobre ella, rehacer la dignidad de todas las instituciones, que juntas, componen la Patria.

JOSE ANTONIO.

Residencia
de Estudiantes

Residencia
de Estudiantes



Residencia
de Estudiantes



El primer día azul de España.

(Valorización histórica del 29 de Octubre.)

FUE una mañana madrileña, bañada de sol y cuajada en rumores ocultos. Un 29 de Octubre de la España que todos creíamos perdida.

Aquel Madrid de 1933, se levantó este día, preñado de inquietud. José Antonio Primo de Rivera había anunciado un mítin en el Teatro de la Comedia, como un «Acto de afirmación españolista», por aquellos días en los que esta afirmación era casi una blasfemia contra el Estado liberal y antiespañol y un delito contra la democracia masónica, que se declaraba a sí misma de este modo, enemiga implacable del concepto Patria.

Al fin se oyó la voz del Elegido sobre las desdichas que parecían inacabables de España.

José Antonio habló a los españoles y éstos le comprendieron en su angustia.

Una nueva doctrina de redención fué saliendo enérgica, serena y litúrgicamente de sus labios:

—«... en otras épocas más profundas, los Estados que eran ejecutores de misiones históricas —dijo— tenían inscritas sobre sus frentes y aun sobre los astros, la justicia y la verdad.»

—«... cuando el ser rotas es el más noble destino de todas las urnas.»

—«... el movimiento de hoy, que no es de partido, sino que es un movimiento, casi podríamos decir un antipartido, sépase desde ahora, no es de derecha ni de izquierda.»

Y luego, la afirmación rotunda de nuestra voluntad imperial y justiciera. Nuestro «queremos» se oyó por vez primera en aquella mañana. España comprendió lo que quería. José Antonio habló en nombre de todos e interpretó el ansia de Patria y de razón que dormía en todas las almas torturadas por interrogaciones indescifrables:

QUEREMOS:

—«... Queremos que todos los pueblos de España, por diversos que sean, se sientan armonizados en una irrevocable unidad de destino.»

—«... Queremos menos palabrería liberal y más respeto a la libertad profunda del hombre.»

—«... Queremos que todos se sientan miembros de una comunidad seria y completa.»

—«... Queremos que no se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse en casa de los famélicos.»

—«... Queremos que el espíritu religioso, clave de los mejores arcos de nuestra Historia, sea respetado y amparado como se merece.»

—«... Queremos que España recobre resueltamente el destino universal de su cultura y de su Historia.»

—«... Y queremos, por último, que si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia, no nos detengamos ante la violencia.»

* * *

Nadie había hablado así hasta entonces.

La voz de José Antonio fué entrando en todos los corazones, con penetración milagrosa de mística naciente y de fervorosa religión renovadora. España tenía ya su rumbo marcado y podía salvarse.

Los que la sentían sin egoísmos, lo mismo que aquellos que se iban apartando de Ella empujados por la injusticia, ya podían unirse y abrazarse desde aquel momento.

Los malvados que la ultrajaban, ya no podrían hacerlo impunemente.

La unidad de nuestro destino quedó trazada y nos fué señalado a todos un quehacer y una misión. Sentimos remozarnos y viendo abierta ante nosotros una nueva ruta, nos sentimos impacientes por lanzarnos sobre ella, adivinando a lo lejos soles de imperio en un amanecer espléndido y exacto.

La Falange acababa de nacer y alzaba bíblicamente en España y con gesto de rito, el primer bosque de brazos juveniles en el centro mismo de un Madrid cubierto de lacras soviéticas, mientras la bestia roja, presintiendo que sólo nosotros —guiados por el que desde aquel momento ya era el conductor de nuestros espíritus y de nuestro coraje sagrado— podríamos vencerla, nos lanzaba planeando trozos de cristal a la altura de las cabezas, que nosotros protegíamos sonriendo estoicamente, con la elegancia de nuestro primer saludo gallardo.

Horas después, toda la ciudad hervía en comentarios y la buena nueva

de nuestra Resurrección, corría de boca en boca, de montaña en montaña, en volandas del eco, por todas las aldeas.

* * *

La Historia, nos ha enseñado y obligado a valorizar esta fecha del 29 de Octubre.

A partir de entonces, el fervor juvenil que José Antonio despertara en aquella mañana ha inundado de heroísmo y de sangre moza todos los caminos y todos los rincones de la Patria.

El monstruo moscovita aprendió por ello a saber que no habían muerto los nietos de Cisneros, y cuando el Ejército —fiel guardador de nuestros destinos y de nuestra independencia— alzó sus armas contra el Enemigo asiático y sus sicarios emboscados en la preagónica República del 14 de Abril, cien mil «Camisas azules» levantaron sus puñales al Cielo, y ofrecieron a nuestros Generales sus pechos jóvenes para la Guerra Santa, con la alegría del que se sabe inmortal, porque sobre el corazón lleva el Yugo y las Flechas. Y cuando se viste la Camisa Azul, no se muere nunca.

La profecía y la consigna de la Falange que nació aquella mañana madrileña, se ha cumplido. Recordemos las últimas palabras de aquel día de la oración creadora de José Antonio:

—«... nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo y en lo alto las estrellas. Que sigan los demás con sus festines. Nosotros fuera, en vigilia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas.»

* * *

Cinco años más tarde, cuando la Camisa Azul ya es uniforme y hábito nacional; cuando Franco, enviado por Dios para salvarnos, alza el brazo en limpio saludo de primer soldado y servidor de España, la consigna de José Antonio se cumple estrictamente.

A la voz de Franco, todos al aire libre, bajo la noche clara y arma al brazo bajo las estrellas, sobre las que vigila la romántica luz de nuestra Vieja Guardia.



España, ya tiene Caudillo.

No han transcurrido apenas ocho años desde aquel Abril que con las brisas de la primavera nos trajo en un atardecer de aguafuerte goyesco las primeras banderas tricolores de la anti-España, alzadas por brazos de asesinos sobre mares de cabezas enloquecidas de inconsciencia.

Cinco años más tarde de aquel episodio vergonzante, cuando ya España, convertida en un gigantesco laboratorio de experiencias siniestras y perversas, desangraba a jirones su unidad nacional, entre polémicas parlamentarias, especulaciones masónicas, ataques a la Iglesia, egoísmos y castas, intereses y clases, separatismos y demagogia bolchevique; cuando ya la voz del genial estadista José Calvo Sotelo no podría volver a lanzar sus verdades sagradas contra los bárbaros, y la acción imperiosa y el verbo profético de José Antonio se encontraba encareelado, para que no le gritara a España: ¡Sálvate!; cuando ya nos creíamos todos sin fuerzas ni siquiera para seguir disparando nuestras pistolas contra las banderas rojas del Kremlin, que nos venían a robar nuestro sol, nuestros hijos, nuestra dignidad y las reliquias de nuestras Catedrales, un hombre providencial cruza los cielos cálidos del África española, y poniéndose al frente de sus legiones alza la Bandera eterna de la Patria y grita a los cuatro vientos del mundo: ¡Nos salvaremos!

Es entonces, en el mismo instante en que el brazo del Caudillo alza su espada, cuando España se encuentra plenamente a sí misma, y todos los que sentimos que nos dolía la Patria, marchamos tras El por las llanuras y las montañas, en busca del triunfo de nuestros valores eternos, para que las balas nos mordiesen el corazón antes que sentir la angustia de ser parias bajo el símbolo asiático de la Hoz y el Martillo.

Y así un día y otro, desde aquel día triunfal de la Nueva Era, hermanos legionarios, hermanos marroquíes, hermanos soldados, hermanos falangistas y hermanos requetés, hombres y mujeres, ancianos y niños, fueron tras la espada invencible de Francisco Franco, Dios en el pensamiento, dispuestos para el combate, sin temor a la muerte, las lágrimas contenidas por la fe y el pecho hinchado para la canción, conquistando hora tras hora y piedra tras piedra, la geografía de la Patria, sobre la que alienta la eterna metafísica de España.

En ella, un pueblo unido hombro con hombro y alma con alma, por el mismo destino, el mismo anhelo y la misma voluntad de vencer, alza sus brazos al Cielo y grita ante la Cruz y ante el Yugo y las Flechas: ¡Franco! ¡Arriba España!

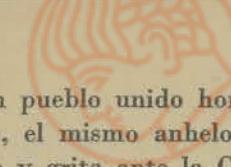
Todavía no han transcurrido ocho años desde aquella tarde de Abril en la que una cuadrilla de aventureros se denominó a sí misma «gobierno del pueblo» para enterrarnos en «sangre, fango y lágrimas», cuando España resurge de las entrañas abiertas de sus hijos hasta los cielos claros, que anuncian nuestro ¡Arriba!

Los hombres de España saben del júbilo de sentirse amparados y tutelados por cerebros serenos y voluntades firmes, y los soldados que en la hora negra de las trincheras iban buscando una rama de laurel cada vez que se rompía una granada, saben ya desde ahora que hay un Estado construido y mantenido por ellos, para guardar su patrimonio de hombres y devolverles su dignidad de españoles.

La Civilización Occidental y Cristiana no será destruída por las hordas sin Patria, porque España no quiere.

Y cuando España combate, la Historia se ha de escribir como España lo ordene con la canción de sus cañones.

España tiene Legiones y Mariscal, y mira nuevamente de frente al Universo.



HAY una trinidad metafísica de España en el momento, que sólo Dios pudo hermanar.

Sufría España con dolor de madre abandonada, y eran aquellos días en los que sólo unos hombres sinceros refugiados en las montañas navarras, guardaban el alma vieja de la Patria que se nos moría.

Unas boinas rojas, perfumadas de romances añejos en el fondo de los arcones de roble, y unos viejos fusiles desvencijados de glorias veteranas.

Esta era la única reliquia que nos quedaba de nuestro Ser auténtico.

Pero el alma diabólica del marxismo tenía más adeptos que el salmo litúrgico, que el alma teológica y aun que el vínculo artesano, y España se moría sin canciones, sin guerreros, sin gritos de ansia, sin fe en sus destinos, sin Justicia y sin Pan.

Había que salvar las reliquias de Ayer. Había que volver a ser. Fué entonces cuando surgió la Falange y empezaron a bordarse todos los caminos de brazos morenos señalando al Cielo.

Llegó el día primero de nuestra Historia nueva y los montes se cuajaron de boinas rojas como la floración de un milagro, y los mares, y los barrancos, y las llanuras, de «camisas azules». Y unos y otros se abrazaron juntos para la Victoria y para la Muerte. La Patria volvió a vivir en estado teológico y se abrió el horizonte de la Justicia, cuando ya empezaban a brotar las primeras espigas del Pan eucarístico y artesano.

Cuando todos miramos hacia arriba para ver quién era el César que nos había congregado para la gran empresa, El estaba allí. Se llamaba Francisco Franco, y estaba sobre la Luz, plantado como un coloso homérico en el centro del camino de la Historia y de cara al fuego santo de la Guerra.

A su lado sólo vimos a su Estado Mayor, a sus Generales y a sus Caballeros. Detrás, Nosotros. Con «boinas rojas» o con «camisas azules»; pero sólo Nosotros. Los «de verdad».

Los Cruzados.

¡Santiago, Alcántara, Montesa o Calatrava! ¿Qué más da?

Pero sólo Nosotros.

Enfrente, los Ejércitos brutalmente salvajes, vandálicos, los bárbaros que asesinaban a su paso detrás de los generales asiáticos. Satanás.

... Y Dios, muerto otra vez invisible, pero en presencia en los Crucifijos rotos y en las campanas mudas.

En el escenario de la Guerra, nadie más.

Franco y sus Caballeros.

Nosotros, los Cruzados.

Y al otro lado, el Enemigo.

Y empezó entonces el episodio, como un Auto de Fe, sobre la geografía de España.

Fuera, entre los bastidores de nuestro lado, cerca de las fronteras y en los cuartos de los hoteles, junto a las radios, se quedaron los especuladores, los espúreos, los traidores, los indecisos, los agiotistas, los usureros, los cobardes, los emboscados, los tibios y los viejos políticos de mala fe. Todos al acecho del triunfo como buitres.

Pero sin ellos, el milagro se hizo. Es decir, gracias a que ellos estaban catalépticos. Y todos nos sentimos otra vez apretados y unidos en la trinidad metafísica del momento.

España, Franco y la F. E. T., fueron la misma cosa. Es decir: la Patria, el Caudillo y el Pueblo, hermanados ya en una unidad de destino, como nos pedía casi con angustia José Antonio.

No sé, ni me importa saberlo, qué fué, después, de aquellas pandillas de profesionales del discurso y del sufragio, que pretendían o decían pretender unirnos, y salvarnos, desde la poltrona de un casino o comprando falsas voluntades con colchones de segunda mano, de pueblo en pueblo y de casa en casa. Pero lo cierto es, que mientras aliente un «camisa azul» o un «boina roja», no consentirá que los cuervos de los viejos festines rompan esta Santa Trinidad que es nuestro triunfo en la Ley y en el Espíritu.

Adoramos a Franco, porque siente el orgullo de capitanearnos bajo el signo del Yugo y las Flechas, con sed de Imperio, y porque nos trajo la Patria y la Justicia y nos devuelve sana a la España enfermiza que agonizaba en nuestros brazos. Y sentimos la Falange Española Tradicionalista, porque nos consideramos españoles predilectos y elegidos y porque Ella es el enunciado todavía de las J. O. N. S. (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista).

Por todo esto, no se puede ser buen español sin ser un leal falangista, y no se puede formar en las filas de esta hermandad sublime, sin ver en Franco el Símbolo y al Jefe.

«Los otros», que intenten revivir sus festines. Nuestro sitio sigue estando fuera, arma al brazo, al aire libre y en vigilia tensa; y si alguien pensara tan sólo en romper esta trilogía de España, Franco y la Falange, caería en el acto pulverizado como por un bíblico y auténtico milagro.

Porque a nosotros no nos asusta ni la Violencia, ni el tener que razonar.



La «camisa azul», símbolo de la Unidad Nacional.

YA se han unido todas las almas!

La Camisa Azul de la nueva catolicidad, es ya desde ahora el hábito único, el único uniforme y la única blusa de faena en el común quehacer de España, ante el destino, ante la Historia y ante Dios.

En sus Flechas se han enredado los viejos romances que amarillean en flor de tradición.

La Falange ha comprendido siempre la importancia de nuestra unidad. Cuando en los primeros días de nuestra Cruzada andaba por tierras de España el alma ecuménica de José Antonio, lanzando a los vientos la consigna de nuestra unidad de destino, ya esta unión estaba presentida.

Yo recuerdo haber visto en las páginas de nuestra primer revista doctrinal, «J. O. N. S.», al pie de unos versos del poeta Basterra, el aspa roja de Borgoña, que luego se convirtió, modificada, en el aspa que se concedía a los heridos para exteriorizar su alegría de sangre, y haber visto también nuestras Flechas en las propagandas tradicionalistas.

Nuestros símbolos estaban unidos en los tiempos de la catacumba, del martirio y del grito heroico, y nadie podía separarlos.

José Antonio los fundía siempre en las almas, cada vez que gritaba con imperiosidad profética: ¡Unidad de destino! ¡Unidad de destino!

Falangistas y soldados de la Tradición han salvado a España, uniéndose en el anhelo y en el combate.

Cuando en los años de la invasión masónica, el espíritu diabólico de Rousseau andaba suelto por España y se rompía la Historia, los soldados de entonces, que ya nos presentían, iban con la frente iluminada por los montes, de cara al sacrificio, cantando frente a las estrellas. Cuando nuevamente Dios nos llama y la Patria se siente herida, los mismos soldados de la Fe se visten la Camisa Azul —que ya es leyenda— y se remangan los brazos dispuestos para el parto de la Resurrección.

En esta unión exacta está expresado todo el abrazo de un pueblo y toda la ascensión vertical de España hacia el paraíso de la Luz.

El Angel torpe de la intriga roja ha perdido otra gran batalla. Frente

a su «divide y vencerás», Francisco Franco ha dispuesto su «une para vencer».

Los que en las barriadas del Madrid bolchevique sufrieron juntos el suplicio de la traición, los que juntos unían sus destinos en la soledad negra de las cárceles rojas, los que todos los días se abrazaban en las trincheras, viviendo el poema celeste de la Guerra, los que juntos soñaron en el destino imperial de España, ya han unido sus almas en una indestructible unidad de destino, con el hábito único de la «Camisa Azul».

Para el arado y para el fusil, el soldado de la Fe ya ha encontrado su uniforme.

El Pasado y el Porvenir se han unido en una mística divinidad.

Francisco Franco así lo dispuso.



HAY gentes ignorantes que con evidente desamor hacia la España Nacionalsindicalista, que está forjando nuestro Jefe y Generalísimo, se permiten en público establecer comparaciones odiosas entre la Bandera Roja y Negra que impulsó los primeros hechos heroicos de la Resurrección, y algún trapo de colores similares que fué alzado como amenaza inútil por los enemigos de España, que forman en las filas de la zona soviética.

Debiera parecer innecesario recordar a los olvidadizos, que nuestra Bandera apareció una mañana, orgullosa como una profecía, clavada por la audacia temeraria de nuestros primeros escuadristas en los balcones de aquel antro que en Madrid se llamaba la Casa del Pueblo; que Ella presidió todos los gestos sublimes de nuestra rebeldía indomable en los primeros tiempos que podemos recordar estremecidos con la denominación de «periodo de las catacumbas». En Ella han arropado sus cuerpos fríos miles y miles de presos que en el horror de las cárceles rojas esperaron verla un día ondular junto a la gloriosa bicolor insignia nacional, bajo cielos claros de redención; Ella ha paseado en triunfo por todos los caminos de Victoria de la España de Francisco Franco, entre bosques de brazos alzados hacia el dolor de los horizontes inciertos, y besándola amorosamente han expirado en las trincheras con un ¡Arriba España! en los labios, los mejores camaradas en la hora difícil del sacrificio supremo.

La Bandera Roja y Negra es, y debe ser, pues, para todos los españoles de buena voluntad, además de un símbolo sagrado por su corta pero mística historia, el pendón altanero que recuerde a cada momento, «que en nuestra Patria ha ocurrido algo trascendental», que después de fortalecernos y devolvernos nuestros valores históricos, nos abre un nuevo cauce hacia el Imperio, por las rutas exactas del Nacionalsindicalismo.

Cuando en los días de júbilo, ciudades y pueblos engalanados ofrecen en armonía Roja y Gualda, a la caricia del aire, los pliegues de la Bandera nacional, indiscutible, eterna, secular y que nos emociona como una reliquia que nuevamente hemos sacado a la luz del sol, para decir al mundo que España es eterna, la Bandera Roja y Negra —al menos en los hogares de nuestros camaradas— debe hermanarse como un símbolo de gloria con la Bandera de la Nación, para que al confundirse unidas, besadas por el viento, recuerden a todos los que sufren y esperan, «que en España ha ocurrido algo trascendental» cara a las páginas de la Historia Nueva.

EVIDENTEMENTE, hay en la vida algo imponderable y sutil que nos diferencia, nos clasifica y nos perfila, sin que puedan concretarse las causas de esta diferencia, que cae de lleno en el plano de lo metafísico.

Esto es: el Estilo.

En la última hora histórica de España, la Falange de los primeros días y los tiempos de anunciamiento, se diferenció de todas las agrupaciones políticas que intervenían o pretendían intervenir en la vida pública española, precisamente por lo peculiar de su Estilo.

Nuestro modo de ser —no nuestra manera de pensar— era completamente diferente de todos los otros; nuestra marcialidad, nuestra poética, nuestros conceptos y nuestro espíritu combativo y dinámico fueron y son, lo nuevo, lo diferente, y no tenían, ni tienen, precedente ni plagio, ni en el gesto ni en la expresión.

Instintivamente, sentimos el ansia de «volver a ser» como portadores de valores eternos; pero para lograrlo sólo fiamos en nuestro esfuerzo actual y presente, en nuestro propio Estilo y en nuestra capacidad creadora. Este espíritu renovador, esta inquietud por levantar sobre el momento los moldes de una tradición nueva y genial para los que han de sucedernos, es quizás el secreto de nuestro Estilo.

En el Estado Nacionalsindicalista, el Estilo es el que nos ha de garantizar el triunfo de la doctrina y la realización de los ideales, como es la liturgia católica la más firme garantía del dogma divino.

No es lo mismo, pues, lanzar un grito auténtico ya integrado en nuestra mística, que otro análogo con un vocablo cambiado, aunque similar; ni es lo mismo involucrar el enunciado de nuestras consignas fundamentales, aun cuando su espíritu sea exactamente el auténtico. Existe una trascendental distancia entre ser impetuoso o pacientudo, intransigente o resignado, arrogante o tímido, y entre sentirse altamente superior o vivir bajo la presión demoledora de un complejo de inferioridad.

Lo segundo: pacientudos, resignados, tímidos y derrotistas ya lo fuimos antes del nacimiento de nuestra rebeldía, y es este precisamente el momento de volver a ser impetuosos, intransigentes, arrogantes y altivos porque así

fuimos cuando cubrimos todos los meridianos con el orgullo heráldico de nuestras águilas amenazantes y de nuestros leones simbólicos.

El hombre que muere en una batalla gritando ¡Arriba España!, es un héroe; aquel que expira en el mismo lugar, pero recordando angustiadamente sus afectos personales, es, sencillamente, un buen español que cumplió con su deber.

He ahí algunos aspectos del Estilo.

José Antonio, creador genial de nuestra doctrina y Profeta de nuestro resurgir, cuidaba escrupulosamente los más pequeños detalles en la dialéctica, en los uniformes, en las ceremonias y, en general, en todo aquello que se relacionara con la silueta con que él quería perfilar a España, dándole un ritmo vigoroso y un contorno de aristas rotundas.

Es posible que sea esta la razón por la que el camarada nacionalsindicalista que siente la fe de nuestra mística y la emoción de nuestros ritos y posee el secreto de nuestro Estilo, se diferencia entre miles de aquellos otros que pretenden pasar por tales, sin serlo ni sentirlo. Y es que el Estilo, como antes dije, es algo imponente y sutil pero que nos diferencia y nos clasifica implacablemente.

Matar «lo viejo» para volver a «lo antiguo».

EN estos momentos decisivos para la vida de la Patria, en que todos nos afanamos en la difícil misión de reconstrucción, la voz de la Falange tiene que retumbar ruda e imperiosa en todo el ámbito nacional, para que en un futuro próximo nadie se llame a engaño y sepan todos, absolutamente todos, que nuestros mártires habrán de exigir la continuación de la lucha iniciada por ellos hasta el fin del camino que marcó José Antonio y que nos abrió Franco.

Esta ruta está perfectamente definida:

Matar «lo viejo» y volver a «lo antiguo».

Porque somos la Tradición y el Porvenir, el Pasado y lo Venidero, el latido de la España acongojada, confundido en un mismo eco con el grito alegre de la Patria redimida; volvemos santamente indignados nuestras Flechas simbólicas contra todo «lo viejo», con la esperanza de encontrar en «lo antiguo» la aurora del mañana: el «futuro». Un nuevo día que sea como el gran día histórico que ya fué, antes del crepúsculo liberal, y que vuelva a reír después de la noche pasada.

Esta es, pues, nuestra consigna de hoy. Ser lo que fuimos, después de la vergüenza de lo que hemos sido. Matar el alma «vieja» del siglo XIX, democrático, decadente, masónico, afrancesado y materialista, y volver a poseernos del espíritu de los siglos XV y XVI, imperiales, heroicos, sobrios, castellanos, espirituales, legendarios y caballerescos.

Contra los marxistas que nos combatieron porque fuimos —y somos, unidos al Ejército— los paladines de la hispanidad, la Falange anuncia que no tendrá compasión ni transigencia alguna.

A aquellos que les ayudaron a combatirnos inconscientemente, suicidamente, en absurdo maridaje con los monstruos sin Dios de la anti-Patria, porque estaban idiotizados por el ambiente de una época y de una generación deformada espiritualmente por «lo viejo», aún les tendemos benévolamente, piadosamente, fraternalmente, el lienzo enlutado y sangrante de nuestra Bandera, para que se enjuguen las lágrimas en súplica y perdón, buscando bautismos de arrepentimiento.

A los tibios, a los cobardes, a los emboscados, les advertimos que nunca más podrán poner sus plantas sobre la tierra mártir, porque no permitiremos ni siquiera que lloren como Boabdil lo que no sepan defender como hombres de España. Esos serán arrojados al rincón de «lo viejo» y morirán con el siglo de «lo viejo», porque no merecerán vivir en el Futuro que construiremos, iluminado de antorchas imperiales.

He aquí, en pocas palabras, expuesta el alma de la Falange y abierto el libro de nuestro Estilo, que ya es historia y gesta, realidad y esperanza. Amar el duro sacrificio y odiar lo fácil. Ser martillo sobre traidores y malvados y no tolerar que se nos quiera hacer yunque de insolentes e incomprensivos.

Por esto, por la Patria, el Pan y la Justicia, y por la Tradición católica de España, fuimos cartuchera al cinto y fusil al hombro por esos campos, escribiendo con sangre el romance de un nuevo amanecer sobre el tejido áspero y castrense de nuestras «camisas azules».

Cuando todos los españoles hayan jurado de rodillas, ante el Yugo y las Flechas de nuestra Unidad, luchar con fe, haciendo del corazón de cada cual como el sagrario de todos los caídos por el triunfo de la Revolución Nacionalsindicalista, habrá llegado el momento en que habremos matado «lo viejo» y habremos construido «lo nuevo» sobre las normas rectas y permanentes de «lo antiguo».

Para conseguirlo —ya lo dijo nuestro camarada Raimundo Fernández Cuesta en Segovia— nos sobran agallas, porque venimos de héroes y de mártires.

Antiguos jonsistas y antiguos carlistas han unido ya sus ansias de grandeza imperial, amparados por el genio de Franco, y después de esto, la consigna nos la impone el momento:

O con la Falange, o contra España.

El nuevo Estado empieza a perfilarse, y va siendo ya hora de aclarar definitivamente la atmósfera.

Mística económica del Nacionalsindicalismo.

Es innegable que nuestra concepción romántica, religiosa, castrense y heroica de la Vida nos enfrenta de una manera abierta y rotunda con el concepto hermético del materialismo histórico, que constituye la base del llamado marxismo científico y que surgió a la lucha de las ideas en el mundo como reacción de aquel otro concepto materialista del gran capitalismo internacional, no menos cerrado a la luz del espíritu que las teorías del judío Marx.

Ahora bien: porque el Nacionalsindicalismo afirme que la materia no debe absorber por completo las aspiraciones humanas, y encienda en las almas la mística de lo Heroico y de lo Eterno, no quiere decir que en nuestros postulados se renuncie en modo alguno a esforzarse hasta lo increíble —llegando hasta el máximo sacrificio de cada uno— por conseguir lo que podríamos llamar la «felicidad económica» de la gran familia que se llama la Patria y dentro de la que, para salvarnos, hemos de sentirnos cada cual «miembros de una comunidad seria y completa».

En tiempo de guerra, cuando brillan enfrente las bayonetas enemigas y los ejércitos de los «sin Dios» acechan el momento de nuestras más pequeñas debilidades para lanzarse sobre nuestros símbolos sagrados de Historia y de Verdad y convertirlos en pavesas, es tan traidor el trabajador que regatea el esfuerzo de sus músculos, como el noble o el propietario que, además de su brazo, regatea su oro o sus valores a la acción total y directora del Estado.

En tiempo de paz, el ambicioso que por envidia injustificada pretenda percibir una remuneración que no le corresponde en la escala en que se haya valorizado con números exactos el rendimiento de cada cual, y pretenda anquilosar —en lugar de buscar la superación— la máquina perfecta del Estado, será tan traidor a España y a Cristo, como aquel que, desentendiéndose de la unidad de destino de todos los españoles, pretenda arrebatar el más pequeño átomo de «felicidad económica» al esfuerzo ajeno, hecho para la grandeza y el bienestar de todos, dentro de la órbita de una economía dirigida por las normas indiscutibles del Estado Nacionalsindicalista.

Quiere decirse, que aunque consideramos que la grandeza y la alegría del pueblo sólo se puede conseguir por la exaltación de los valores históricos

y morales, afirmamos, sin volver los ojos a las realidades materiales, que esto no será absolutamente realizable siempre que cada miembro de la comunidad nacional no sienta la tranquilidad de su problema económico o, por lo menos, el soplo de una justicia rigurosa que le abrace en un común destino a los demás, tanto en los tiempos de infortunio como en los días de esplendor de la Patria.

Es, pues, el Estado Nacionalsindicalista el único capaz de hacer la revolución ordenada en la Economía capitalista y en sus dramáticas contradicciones.

Opinar lo contrario sería dar la razón a la miopía liberal, que daba al Estado, única y exclusivamente, la misión de observar y no la de resolver.

Jules Simon decía: «El Estado debe procurar hacerse inútil y preparar su dimisión.» Mac Culloc afirmaba que «el Estado debe abstenerse a gobernar en demasía; Bentham era partidario de «que la industria sólo pidiera al Estado que la dejase en paz», y Humboldt consideraba que el mejor Estado era el «cocioso». La consecuencia de estas monstruosidades del liberalismo económico fué el Marxismo.

Frente a esto, nosotros gritamos que sólo un Estado vigoroso, fuerte, orgánico y apoyado en una amplia base popular, con voluntad de Poder y de Imperio espiritual y geográfico, puede hacer el milagro de nuestra resurrección económica y de nuestro bienestar espiritual como consecuencia.

Este es el Estado Nacionalsindicalista.

Con él o contra él.

Lo social y lo espiritual en el credo Nacionalsindicalista.

SON muchos los que creen que el movimiento nacionalsindicalista que surgió a la vida pública y política de España —con sus cuatro iniciales: «J. O. N. S.»— como un grito de intransigencia y de guerra que rompía la falsa euforia de la democracia republicana ya por aquellos días del año mil novecientos treinta y dos—, no es sino el movimiento esporádico de un pueblo que sintió la angustia de salvarse.

No es que esto no sea cierto. Pero si bien se puede pensar que muchos de los que engrosaron por aquella época nuestras filas combativas, formadas bajo el signo tradicional del Yugo y las Flechas del Imperio, lo hicieron por un instinto de conservación casi biológico, ejerciendo la táctica de «atacar antes de ser atacado», no es menos cierto que al constituirse las primeras Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, estaban éstas ya formadas espiritualmente por un maduro razonamiento filosófico —que no podía fallar— y que luego perfiló de una manera definitiva el pensamiento y la palabra de José Antonio al ser constituida la Falange, que vino a aportar a la nueva doctrina social y económica de las J. O. N. S. todo el tesoro de los conceptos históricos y religiosos y la exactitud en el procedimiento y en el estilo.

Como toda concepción política, el Nacionalsindicalismo es acción, además de pensamiento; pero es también lógica, además de dinamismo.

Su virtud consiste en apoyar los axiomas de intenso valor humano y las complicadas exigencias de la vida social sobre un sentimiento romántico y desinteresado, que convierte al infrahombre sin espíritu en superhombre al servicio de un ideal puro y auténtico, pero relacionado éste con la constitución orgánica del mundo, haciendo desaparecer casi por completo las preocupaciones materialistas del individuo, no con la negación de los problemas materiales, innegables y palpables, sino con la solución de éstos, consiguiendo elevar de este modo las preocupaciones del hombre hasta el símbolo, la Belleza, la Cultura, el Arte y el mundo superior de lo Religioso.

Hay pensadores a quienes asusta nuestra agobiante ansiedad por el establecimiento de una justicia política y social inmediata, poniendo esta tarea en el primer plano de nuestras inquietudes, como asimismo el que luchemos

casi fanáticamente por la ordenación de un Estado de tipo sindical y gremialista en el que aparentemente se rinde un culto desenfrenado al Esfuerzo y al Músculo.

El pensar así es quizá debido a que no han razonado lo suficiente para comprender que en el mismo instante en que la máquina estatal de España se mueva de una manera rítmica y cronométrica, habrá llegado el momento en que el hombre podrá, libre de prejuicios económicos y de angustias físicas y auténticas, elevar los ojos y sentir su necesidad de superación por la escala de lo Perfecto, en cuyo último peldaño de pensamientos se encuentran los conceptos místicos de lo divino. Es decir: Dios.

Para que una criatura sienta la Patria, es necesario que ésta le acoja en su seno como miembro de la gran familia histórica y geográfica y le haga participar del común patrimonio, lo mismo en lo utilitario que en lo espiritual. Será entonces cuando sentirá la interior satisfacción de aquella colectividad y el orgullo de su fuerza y de sus tradiciones, como asimismo sólo se siente fe en la Divinidad cuando percibimos el inefable consuelo de ser creyentes.

Es muy posible que sea esta la razón máxima que encontramos para llegar a la conclusión de que el Nacionalsindicalismo es una concepción político-filosófica que nos conduce a la vida del espíritu, aun cuando aparezca ante los cerebros poco despiertos como un sistema únicamente práctico y calculista.

No obstante, miles y miles de Camisas Azules, sin más bagaje intelectual que su conciencia honrada y su intuición de españoles superiores, han llegado hasta las filas del Nacionalsindicalismo, presintiendo que dentro de sus normas encontrarían únicamente el camino para hallar sus propios valores espirituales.

El Nacionalsindicalismo es, pues, una doctrina espiritualista surgida como reacción contra el positivismo marxista, pero que para poderlo ser no olvida aquellas verdades económicas sobre las que el judío Marx levantó sus teorías para realizar de este modo su gran estafa espiritual al mundo cristiano, al encontrarse frente a una Humanidad desconsolada.

La Guerra sólo fué el principio.

COMO olvidar aquella consigna de los días primeros?

—«Nosotros queremos para descansar, un paraíso que en las jambas tenga ángeles con espadas.»

He aquí expuesta por la voz del Profeta la consigna del ansia.

José Antonio nos dijo una vez que la revolución era la tarea de una minoría inasequible al desaliento; Mussolini predijo a sus legiones que el nervio del fascismo era la vida peligrosa, y ya en Fiuma, Gabriel d'Annunzio afirmaba: «Somos invencibles, porque estamos dispuestos a perder la vida entre el fuego y entre los escombros.»

Como una consecuencia de este concepto heroico y sobrehumano, han brotado nuestros gritos de guerra:

—¡Viva la Muerte!

—¡Camaradas: Sólo se muere una vez!

—¡La Muerte es un acto de servicio!

... Y esa liturgia arcangélica que nos promete nuevas centurias celestes en parapetos cósmicos con una preocupación de lo eterno, en la tierra «Arma al brazo y en lo alto la luz de las estrellas», y en el Cielo, sobre el lucero inquieto de nuestro «yo» inmortal. Es decir, que en nuestra poética renunciamos al reposo, lo que siendo infinita de sueños el alma del hombre, significa tanto como afirmar que nos enfrentamos con el desaliento y con el límite.

Este sentido de permanencias ha mantenido por un constante anhelo de superación el motor del género humano desde su aparición sobre la tierra, y es en los pueblos el secreto de su unidad y de su grandeza.

Ahora bien; si admitimos este razonamiento hemos de situarnos rotundamente enfrente de aquellos que suponen que un episodio violento como el de nuestra guerra civil fué solamente provocado por un instinto animal de defensa.

Nosotros, es decir, España no se levantó en armas contra un enemigo que se preparaba para asfixiarnos, porque cada uno de los que combaten tuviera un miedo físico y personal al triunfo de este enemigo. Esto sería lo biológico.

El impulso que nos movió a lanzarnos al campo y a la montaña y a reci-

bir cantando el bautismo del fuego y del plomo, fué de orden metafísico, espiritual y superior. Era nuestro deseo de ser y de crear, que se alzaba contra el obstáculo que nos impedía existir y elevarnos.

Por eso, cuando gentes de alma contrahecha y pequeña se preparan, arrillanadas en la molicie de la espera paciente, a disfrutar del «fin» de la guerra, nosotros, los camaradas que sentimos la consigna del ansia, somos quienes debemos gritarles enérgicamente:

—¡La guerra sólo fué el «medio», y no el principio!

Hicimos la guerra para tener las manos libres del rompecabezas, la pistola y el frasco de ricino. Pero todavía estamos remangados y en traje de faena, para continuar la obra de levantar a España, hacia ese ¡Arriba! de nuestra fe.

El combate para nosotros es sólo el «medio» de urgencia que necesitamos y empleamos.

El «fin» es el propósito anterior al «medio». Edificar un pueblo con la arquitectura clásica y clara de los imperios.

Y así, día tras día, levantar a España no hasta el cielo, sino hacia el cielo. Porque el cielo no tiene límite. Exactamente igual que las ansias de nuestra mística Nacionalsindicalista.

Misión del falangista.

SERIA pueril pensar que aquella guerra santa que empezó por ser un alzamiento popular contra un enemigo que nos asfixiaba y empequeñecía, no tuvo más objeto en la Historia, y en el tiempo, que el de defendernos de aquel enemigo que se disponía a destruir nuestra vena auténtica de un último zarpazo.

Bien es verdad que el pueblo, cegado por años y años de democracia liberal, sólo vió claro el peligro en este momento, y esta es la razón principal de su rebeldía y el fundamental porqué de la guerra civil española. Pero ahondemos en la entraña.

España no empuñó las armas —como antes dije— porque sintiera un miedo físico al monstruo comunista que apagaba vidas y robaba haciendas. El labrador abandonó el arado y esgrimió el fusil, porque presentía que sólo España libre podía darle la paz que el amor a la tierra le exigía; el obrero y el empleado «se echaron a la calle» porque sintieron turbada su labor de artesanía por las llamas que calcinaban templos y hacían crepitar el milagro aspado de los crucifijos. El aristócrata sintió el rubor de su heráldica rota. Llegó el rumor de la bestia hasta el laboratorio del sabio; y el poeta y el pensador cayeron en la cuenta de que éramos un cuerpo invertebrado que se moría en plebeyez, atomizándose en un mundo de conciencias atormentadas.

España estaba desunida y reducida, y había que hacerla, una y libre. He aquí la solución hallada.

Fué entonces cuando nos lanzamos al combate.

Ya estuvieron, pues, en el aire, en el mar y en la trinchera, el aristócrata, el empleado, el obrero y el labrador, luchando en común y cantando fuerte y en voz alta el poema de nuestra unidad.

Ya la voz del cañón impuso en cada montaña el imperio de nuestra voluntad de vencer, que es nuestra grandeza.

Hoy combaten el sabio, el poeta y el pensador.

Ellos son quienes deben de plasmar en realidades exactas nuestros anhelos comunes.

Para ellos y por su obra futura y presente, se combatía y moría. La mili-

cia es, pues, el brazo armado de esa ciencia y de esa mística de España, de que proféticamente nos habla el Nacionalsindicalismo.

Terminada la contienda y las vidas segadas ya florecidas en bayonetas, dando su luz desde lo alto a una España engrandecida y liberada por el músculo y la pólvora, el pensador, el sabio y el poeta deben tener resueltos para el Estado todos los problemas de la postguerra y levantada en vuelo de espíritus la fuerza de nuestra razón de ser en el concierto universal.

Si esto es así, es cuando la guerra se habrá ganado para la paz y se habrán cumplido las consignas de nuestro triple y desgarrado grito de ansia.

Que el mejor estudio del agro, la más cuidada fórmula económica, el más genial descubrimiento científico y el más pulido romance heroico dados a la Patria sean siempre el fruto de un cerebro y de una conciencia nacionalsindicalista, y ese será nuestro mayor orgullo y nuestra laureada de retaguardia.

No se puede dormir, después de hablar las armas, porque el laboratorio, la biblioteca, el taller y el estudio deben ser también nuestros diarios campos de batalla.

Lo contrario es lo que querrían los que nos temen y los que nos desean insignificantes.



La hora de la juventud.

LIBREME Dios de pretender menospreciar, ni siquiera dejar en el olvido, la tarea que los hombres hoy maduros y en plenitud de experiencia y razonamiento, han realizado por la resurrección de España, desde que nuestra Patria sintió en angustia la desviación de su destino.

Sería injusto, si ello no fuera imposible, desestimar los grandes servicios prestados a la causa de nuestra unidad, de nuestra libertad y de nuestra grandeza, por militares, políticos, literatos, artistas y demás valores de nuestra sociedad, que aun perteneciendo a generaciones anteriores a la nuestra, sintieron ya desde su mocedad el dolor de España y han sabido en la hora presente incorporarse con ardor juvenil al esfuerzo común y aun dirigir en muchos casos la gran batalla cívica y guerrera del momento.

Esto es indiscutible, y no creo que sean necesarios nombres ni ejemplos que están bien fijos en el pensamiento de todos. Pero si esto es verdad, no es menos cierto que en el momento de nuestra historia nueva, ha sonado fuerte y con un largo eco de dolores y cantos de victoria, la hora original y auténtica de la juventud.

Fué la juventud la que en los días de la hegemonía masónica hacía oír reciamente su voz en los talleres, los campos y las universidades, gritando fuerte y agarrada a los restos tradicionales que aún teníamos y que se nos iban de las manos de nuestros padres, dignas, pero ya impotentes para apretar la pistola que había de enfrentarse a la del asesino, ni de escarbar con furia en el laberinto de tópicos en que nos asfixiábamos.

Ella fué la que un día de sublime locura, que siempre ya marcará en el tiempo la primer aurora de nuestra Era Triunfal, se remangó las mangas de la Camisa Azul, se caló la boina roja hasta los ojos y se incorporó sencillamente a los batallones del Ejército, y se lanzó desesperadamente sobre la geografía soviética de España para devolvernos resueltamente nuestras Verdades y nuestra Historia.

Es casi criminal, pues, sólo el escuchar sin ofenderse esas voces catarras y asmáticas que salen de pechos apolillados de liberalismo, respirado en años y años de botillerías y cafetuchos inmundos, y que suelen exclamar frecuentemente entre con envidia y miedo a la arrogancia:

—Pero ¿cómo va Fulano a ejercer ese cargo con sus veintisiete años?

O bien:

—¿Cómo no estuvo en el frente, Mengano, el jefe de tal o cual cosa?

Es este el momento de escupirles a la cara el recuerdo de sus actuaciones y decirles:

—Eso es lo que hubiesen querido, para que España fuera otra vez un corral de locos, en el que ustedes se sentían ventripotentes y satisfechos, siempre que no les faltase un café con media tostada, ante el que despoticar de todo lo divino y lo humano.

Los veintisiete años, señores catarrosos de la vieja política, sirvieron un día para no tener el alma envenenada de antiguos vientos russonianos, tener el cuerpo sano y libre de pócimas y de tertulias de patio de Monipodio; el coraje de empuñar las armas redentoras y cubrirlas de sangre y de laureles, y de arrojarse alegremente a una vida de sacrificios y de sueños heroicos, despreciando la maledicencia, con el pensamiento puesto solamente en la Patria y en sus hijos que sufrían, abandonados y engañados de todos o de casi todos los que cínicamente se llamaban a sí mismos los redentores del pueblo.

Y si es así: que la juventud presenta en su haber cruces laureadas, músculos desgarrados, ilusiones nobles, esfuerzos inauditos y sentido de Patria y de Justicia, hora es ya de que se callen de una vez los papagayos de los antiguos cenáculos, ateneos y tertulias, y dejen sufrir, soñar y trabajar en paz a nuestros mozos, para que ellos puedan devolvernos a España unidos en el esfuerzo a los hombres de otra generación que nos comprendieron y nos sienten, y que tienen el alma y el cuerpo en condiciones de llamarse jóvenes como nosotros.

Porque la hora de la juventud ha llegado irremisiblemente.



Rusia, el enemigo del mundo.

POR segunda vez desde que comenzó nuestra guerra triunfal, la mirada inquieta y turbada de intrigas de las Cancillerías se ha desviado de España por un momento.

Fué ayer hacia la frontera rusojaponesa, y es hoy hacia los campos de Finlandia. En ambos lugares, el monstruo ruso ha intentado iniciar el incendio terrible de una guerra que, de haberse producido, sólo hubiera podido beneficiar a los servidores del Caos que dirige Moscú.

Para los que tenemos la honra ecuménica de ser españoles y sabemos en la hora presente como nadie cuál es el mal del mundo, estos acontecimientos vienen a hacernos sentir con sensibilidad de escalofrío, la absorción tenaz de las ventosas con que el pulpo soviético pretende estrangular al género humano entre sus tentáculos de almas muertas y de carne en dolor.

Parece lógico que el mundo asfixiado y con los huesos rotos, debería unirse estrechamente y por instinto, raza junto a raza, pueblo junto a pueblo, africano o nipón con el hombre blanco de la industria y la fórmula, y enfilar todos unidos sus lanzas o sus cañones hacia el frente de combate universal, para marchar hacia la bestia acéfala y viscosa que se esconde en la madriguera del Kremlin y buscarle el corazón de una vez. Allí, entre sus muros fríos pulidos de llanto y de lamento, y aflojar todos sus tentáculos de un solo golpe.

Para salvarnos todos.

Sin embargo, el monstruo se mueve y sigue su lucha buscando siempre la ventaja. Millones y millones de agentes soviéticos transcurren manejados por los hilos sutiles del Kommintern moscovita sobre toda la geografía de la tierra, formando el ejército invisible más gigantesco que jamás pudiera concebir el Imperio del Mal.

Hay una lucha sorda de pueblos estremecidos que se resisten a morir estrangulados entre diabólicos resplandores de incendio. De cuando en cuando, un tentáculo cae segado de golpe para siempre, y el monstruo ruso se contrae asustado.

Ha triunfado el Bien.

Italia, Alemania, Austria, Portugal, Hungría, Suiza, Cuba y Brasil ya

respiran fuerte. Y son ahora España y Finlandia, raza junto a raza, las que buscan aires frescos de paz para los pulmones viciados de rojo y de blasfemia.

En medio de los combates de Oriente y de Occidente, Rusia agitó inútilmente las tierras finlandesas.

Y así, cansino y arrastrando su miopía liberal, va el mundo curándose, lenta y heroicamente, país a país y en luchas parciales en las que siempre el pulpo bolchevique lleva la gran ventaja de enfrentar a su favor toda una humanidad sionista de masones inteligentes y a un poderoso ejército de traidores disfrazados de proletarios con bases y campamentos en todos los puntos del globo, contra el Ejército Nacional de aquella nación aislada, que siente más próximo su fin y se defiende de un determinado momento con el sublime coraje de la supervivencia.

Es inútil, pues, que la mirada pacifista y conciliadora de los diplomáticos se pose suavemente sobre los campos verdes de Tien-Tsin, sobre las llanuras pardas de Aragón o sobre las montañas de Carelia. La U. R. S. S. continuará implacablemente matando tradiciones, extinguendo bibliotecas, incendiando templos y escuelas, contando por millones y en ficheros las cifras de cadáveres y sembrando el mundo de gases de cólera y de tanques malditos.

Contra esto, sólo hay un remedio:

El día que el perfil imponente de cien millones de bayonetas de todos los pueblos unidos avancen sobre Moscú y las alas de la Civilización nublen el cielo sobre la Plaza Roja; cuando vuelen deshechos en pedazos los miasmas del mausoleo de Lenin y el aire los vaya purificando, este día el Imperio del Mal se vendrá abajo.

Y la Humanidad, santificada en redención, podrá otra vez vivir para el espíritu en los templos de Dios y de Cultura.

La consigna, pues, está clara:

«Contra la bestia rusa.»

Unidad de destino en lo universal.

HAY un imponderable superior, que une a todos los españoles del mundo y que está por encima inclusive de los vínculos geográficos.

Para los que aman o dicen amar a España con una emoción física, sensual y de contacto, pegados al paisaje o al vínculo local, es posible que la tristeza de la Patria no llegue a hacer mella en sus almas blancas, en las que alienta el morbo de un internacionalismo dormido. Pretender justificar el amor a la Patria porque se tenga en la retina el escenario de nuestra vida o porque nuestros sentidos estén sujetos a ella por una sucesión de anécdotas vividas, es algo así como dejar abierta la suposición de que nuestros sentimientos de españoles pueden quebrantarse al separarnos del paisaje español o en el momento mismo en que nuevas y posteriores emociones nos preocupen en el primer plano de nuestras inquietudes. Esto no es amar a España.

Esto es, sencillamente, tener una conciencia de marxista embrionario y ser español porque no se ha podido o no se ha pensado en ser otra cosa.

Por sobre todo esto está, pues, el auténtico y místico motor de nuestra unidad de destino. Ello es, como anunció nuestro José Antonio, «la eterna metafísica de España».

Somos españoles, no porque hayamos nacido en tal o cual provincia e inscritos en tal o cual Ayuntamiento, sino porque sentimos el bienestar inefable de serlo, el orgullo de nuestra Historia, el sabor emocional de nuestras tradiciones y afirmamos en lo universal nuestra voluntad de Ser y de Existir, para cumplir nuestro destino Imperial de conductores espirituales de pueblos y de fundadores y encauzadores de civilizaciones.

Hoy más que nunca, cuando España combatió no ya por su grandeza, sino por su existencia misma como nación, estas diferencias se pusieron de manifiesto de una manera inexcusable.

A un lado estuvieron los espurios, los traidores, los renegados, los judas, los empeñados en vender nuestro patrimonio, nuestros templos, nuestras vidas, nuestros hogares y nuestra independencia a los judíos de Ginebra, a los bandoleros de Moscú y a los diplomáticos ventripotentes de las democracias atormentadas.

Al otro lado, tras la espada de Franco, los españoles que sentían abrasadas las entrañas por el amor de España, los que defienden las espigas de nuestros campos, el rumor litúrgico de nuestras catedrales y llevan en la frente el soplo iluminado de nuestra eterna metafísica Imperial, combatiendo y muriendo con el Yugo y las Flechas bordadas sobre el corazón.

En medio quedaron los egoístas, los de conciencia turbia, cara a la buena marcha de sus negocios privados, con un cigarro puro en la boca y un periódico extendido sobre la mesa del café, en el que el Parte Oficial de guerra nos traía todos los días el dolor y el laurel de cada batalla.

A ellos van dirigidas estas líneas.

No es posible continuar ni una hora más llamándose españoles desde una mesa de café, encogidos de hombros, sin estar encuadrados en nuestras organizaciones, sujetos a nuestra disciplina, obedientes a nuestros mandos y vinculados de hecho y de derecho y con todas las consecuencias, a nuestro destino, en espera del triunfo de la España Nacionalsindicalista, para ver después de encaramarse sonrientes a la carroza del triunfo, alegando que ellos no hicieron nada contra España ni cometieron ningún delito.

Nuestro Movimiento tiene en cada lugar del mundo una bandera alzada por el Servicio Exterior de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., y los que no se agrupen a su sombra, será porque ni tienen alma de españoles ni el coraje suficiente para declararse nuestros enemigos.

Avisamos, pues, y a tiempo, a todos los españoles que por cualquier circunstancia se encuentren fuera de la Patria en estos momentos, que para los jóvenes hay un fusil con que cubrirse de gloria en nuestros campos de amanecer constante, y para los que no puedan incorporarse al servicio activo de la guerra, hay una Organización en marcha en todo el mundo que les ha de decir cuál ha de ser su aportación al esfuerzo común de todos los que mañana quieran tener el orgullo de llamarse hijos de España.

Porque España, amorosa y fecunda, que supo dar su color de empresa a medio mundo, sabrá también ser implacable con los tibios, los indecisos y los egoístas.

Por un Museo de la Revolución nacional.

NO son quizá los hechos en sí lo más importante ante la Historia. Casi siempre, las consecuencias de estos hechos históricos son las que dan a éstos todo su sabor, su importancia y su trascendencia a través del tiempo.

En un movimiento popular y de entraña honda como es esta guerra santa de mártires, de héroes y de profetas de España, el martirio, el heroísmo y la profecía, parece hasta ahora, que habrán de quedar siempre escondidos en la órbita reducida de lo místico, lo familiar y lo anecdótico. Ello no es conveniente.

Parece que el hecho aislado de cada mártir, de cada héroe y de cada pensador de la Cruzada, ha de quedar anónimo en el ámbito de lo nacional, superditado al apoteosis triunfal cuando todo vuelva a sonreír y ya no nos despierte de inquietud todas las mañanas el zumbido del cañón rojo o de la hélice soviética.

Sin embargo, son la leyenda, el romance y la anécdota los que imprimen la Historia en el libro palpitante del Destino. Ello como es el latir permanente de la gesta, del esfuerzo y del pensamiento, y es el Símbolo externo, expuesto ante las generaciones, el que con la emoción de su plástica auténtica y visible forjará las conciencias de quienes contemplen mañana nuestro heroísmo, nuestro martirio y nuestra razón profética. Es decir: el parte de nuestra Resurrección.

Fuí yo precisamente quien, allá por los primeros días del Movimiento liberador, lancé en un Congreso de Prensa y Propaganda de Falange Española, que se celebró en Valladolid, la idea de que fueran iniciadas las gestiones encaminadas a la organización de un Museo de la Revolución Nacionalsindicalista. Se empezaron a recopilar datos de todos los caídos en el hecho de la Gloria, empezaron a recogerse «camisas azules» ensangrentadas de héroes anónimos, «boinas rojas» de los primeros reconquistadores, trofeos enemigos, documentos y pruebas irrefutables de sus propósitos siniestros y de sus infamias, banderas laureadas y viejos recuerdos de los tiempos difíciles de nuestras catacumbas...

... Después, cesó aquella recolección de páginas sublimes, pero es nece-

sario volver a acordarse de que todo ello, unido como reliquias de la batalla épica más formidable que jamás riñó Occidente por la defensa de sus principios eternos, ha de ser la siembra y la forja de otros heroismos y de otras voluntades del Porvenir...

Hay miles de niños que ya saben marchar formados y llevar con veneración al hombro sus falsos fusiles de soldados en víspera, y por ellos y para ellos deben agruparse ordenadamente todos los símbolos vivos de Historia y prometedores de Paz de esta España que sabe morir precisamente, porque ama la vida en toda la exactitud de sus múltiples valores morales.

Bajo las piedras imperiales del Museo de la Revolución Nacionalsindicalista se ofrecerían, expuestos al mundo, todo el esfuerzo místico de un país y el coraje incomparable de una raza creadora de pueblos y cumplidora fiel y eterna de una misión ecuménica en lo universal.

Frente a la Galería de los Mártires, la Galería de los Héroes, el Sagrario de los Caídos, la Galería de los Trofeos y el Claustro de la Fe, el mundo comprendería atónito de una vez para siempre, y ante el hecho histórico de cada caso, concretado con todo su valor anecdótico y real, que en cada español auténtico se esconde el alma nostálgica de un Emperador y que el Cid dejó muchos hijos para poder ser vencido...

Para ello quizás sea conveniente empezar ya a ocuparse de esta obra gigante de nuestra Historia viva.

El deporte en el Estado Nacionalsindicalista.

LA Guerra y la Revolución que han liquidado la España lánguida y decadente, han puesto sobre el tablero de estudios este problema de juventud y de estilo. Sería obvio recordar cómo fué la cultura física a través de los tiempos; y en todos los pueblos que significaron algo, la base de su poderío militar y de su influencia política, como consecuencia. Pero sí conviene advertir que la decadencia de naciones y razas en el concierto de la Historia, coincidió siempre con la decadencia de su potencial deportivo. Es, pues, tarea urgente del Estado Nacionalsindicalista, organizar y orientar los cuadros deportivos de las juventudes españolas, separándolas de aquel estilo chabacano y anárquico con que en la España liberal se venía practicando —cuando se practicaba— la cultura física. En el Estado de la Falange, ser sano es una obligación, y ser fuerte, una virtud. El esfuerzo deportivo debe ser, como consecuencia, hecho con el pensamiento puesto en esta máxima y alejado en absoluto de toda idea de luero, con la que tantos jóvenes malograron sus energías y agotaron sus músculos alejados por completo de las ideas «optimismo», «salud» y «milicia». En ningún caso como en este de la cultura física se podrá grabar en la mente de los niños el concepto de la disciplina y de «lo militar».

Las grandes concentraciones en los estadios, la tarea preparatoria para la intervención en las Olimpiadas, el ansia de superación física, el afán estético, la satisfacción de la victoria, todo ello orientado y controlado dentro de la órbita de «lo nacional», van forjando poco a poco una juventud alegre y dispuesta para empresas arduas, habituada al esfuerzo, inasequible al cansancio y con un complejo de dinamismo y de «meta», que en lo militar se denomina «objetivo», y «plan» en lo político. Por todo esto, es necesario que la juventud sea encuadrada militar y deportivamente después de llegada la Paz. España necesita hombres y mujeres alegres, basados por soles risueños, y cabe pensar que solamente el optimismo de una cultura física ejercitada sin prejuicios ni gazmoñerías, nos dará la euforia y la serenidad suficientes para librarnos del «shock» que en nuestra vida ha producido el dolor de las batallas.



*Arte nuevo
en el espíritu del Nacionalsindicalismo.*

HA llegado la Paz, y con ella el Arte de una vida nueva, cara a un mundo nuevo, que habíamos presentido.

Ya se venció a la Bestia apocalíptica que llegaba de Asia; el materialismo va siendo aplastado por conceptos humanos y la luz del espíritu es cada vez más clara en la aurora de nuestro nuevo ser.

Matamos lo viejo y volvemos a lo eterno. Y en el camino nos encontramos con lo Clásico. He aquí el hallazgo de nuestra Resurrección. Sobre todas nuestras preocupaciones de primer plano, allá arriba el sueño del Arte, que nos acucia con hambre de estética, de grandeza, de sentido cósmico y de arquitecturas imperiales, dentro de la forma universal.

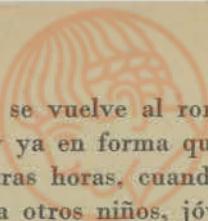
Si para nosotros España Nueva significa España Eterna, cuando decimos Arte Nuevo nos llega la expresión a los labios desde el cerebro martirizado de nostalgias clásicas. Para nosotros, que amamos la Historia, la Verdad y la Matemática escondida en la forma invariable y auténtica y en el color variable y en movimiento, no puede haber más que un Arte: el de siempre, el de verdad. El que ya fué; esto es: el clásico y el inmortal, porque no en balde tenemos fiebre de permanencia y somos artistas, porque no queremos morir nunca, ni como individuos ni como raza. Es entonces cuando tácitamente nos hermanamos con la escolástica y reconocemos de hecho que tenemos un alma portadora de valores eternos.

Junto a este concepto que nos hace copiar y admirar lo que ya fué conseguido, unimos nuestras ansias de superación. De mejorar lo hecho. De ahí nuestra inquietud, que nos hace saltar de la vida estética y lanzarnos febrilmente sobre pinceles, buriles, teclados de marfil y cuartillas en blanco, a las que damos vida y sentimos todo lo tradicional, pero dándole nuevas energías y savia joven en una carrera sin límites hacia «lo Mejor», que no sabemos dónde se esconde.

De ahí también la frase acertada de Laín Entralgo: «Cuál haya de ser su configuración definitiva, es para nosotros un misterio.»

* * *

Quizá sea en poética y, en general, en literatura, donde más marcadamente ha empezado a verse agudizada esa nuestra inquietud, que nos ha producido el espíritu ambiente del Nacionalsindicalismo.



En el verso, se vuelve al romance ingenuo y en tono menor, para que lean los niños, y ya en forma que se les dé resuelta la narración de nuestra vida y de nuestras horas, cuando algún día de viejos hayan de repetir los mismos hechos a otros niños, jóvenes de Historia fresca. Como en nuestros cancioneros y romances clásicos, se le habla al alma, y se aparta lo pensante y lo filosófico que corresponde de lleno a las Ciencias y no a las Artes. La Filosofía queda en su sitio y la Poética fluye íntegra en busca del ritmo, para apresar la imagen figurada y la leyenda. Al lado de este modo de hacer, surge el endecasílabo y el arte mayor, que apresa el tono épico y la observación profunda, y en cambio el verso impresionista, facilón, camelístico y dadaísta, se destierra como algo nocivo, que nos apartaba del equilibrio y nos llevaba por un mundo histérico y contrahecho. He aquí lo clásico, otra vez en permanencia.

Se novela y se polemiza en prosa castellana, se divaga con principios teológicos, se describe con el corazón y se hace teatro en *Autos de Fe*.

Buscamos otra vez a «Mío Cid», a Calderón, a Góngora, a Cervantes y a San Agustín, y nuestra literatura empieza a formarse dentro de unos cánones invariables que recuerden lo que fuimos y perfilan lo que queremos ser.

Nuestro orgullo de renovadores nos hace buscar continuamente el más allá, aun cuando de vez en cuando volvamos los ojos hacia atrás, y queriendo superar a nuestros propios maestros, nos abrasamos en una nueva mística, que es el secreto de la palpitación interior, en la vida superior del Arte.

* * *

Queremos una escultura granítica, helénica y auténtica.

El momento que el destino nos ha deparado es para hacer obra de superhombres. La piedra será, pues, nuestro mejor aliado para dejar el sentido plástico de nuestro sentimiento de lo exacto a los que han de seguirnos.

Nuestro anhelo debe ser levantar con la arquitectura el penacho visible de nuestra filosofía nueva.

La columna, el friso, el ático y el arco. Todo sin burlar la geometría, que es lo verdadero, y dentro de ella, la ecuación, que es lo exacto.

No podemos ser barrocos, porque el barroco es divagación; ni platerescos, porque no tenemos tiempo para perderlo en preciosismos y filigranas caprichosas. Nuestra Arquitectura y nuestro Arte escultórico deben buscarse en capturar la forma con toda su vida y llevarla a la piedra en proporciones colosales, que no puedan romper ni gastar ni el tiempo ni los enemigos de la Verdad.

Ahí están, entre el musgo, caídas las piedras de Atenas y de Roma; pero

rotas o mutiladas, sirven para decir todavía al mundo que Fidias y Praxíteles estaban en posesión de la verdad y de la norma.

Y nosotros, que estamos también poseídos de todas las verdades y convencidos de que lo estamos, hemos de buscar en la piedra el pergamo sobre el que grabemos nuestro testamento de creadores.

Cuando levantemos ciudades luminosas y esbeltas sobre las llanuras secas de Castilla y labremos en las crestas de nuestras montañas las efigies de nuestro César, de nuestro Profeta y de nuestros héroes y mártires, ese día podremos decir que el Nacionalsindicalismo es algo más que una doctrina o que una más digna y humana manera de vivir en comunidad nacional.

Porque entonces será, además, hambre de Imperio y deseo de Inmortalidad.

También, a mi juicio, ha de buscarse en la Pintura —y hoy más que nunca— el sentimiento de lo clásico. La resurrección y el estudio profundo de las escuelas españolas es, en nuestros pintores, una obligación, más que una devoción. Si no fuera bastante para moverles a ello el que nuestros pinceles de nuestro Siglo de Oro no han sido superados por nadie, sería más que suficiente acicate el despojo de que ha sido víctima nuestro patrimonio artístico, y particularmente las Salas del Escorial y de los Museos madrileños, en las que se guardaba, junto a los más renombrados lienzos de los artistas holandeses, italianos, franceses y alemanes, de las escuelas flamencas y renacentistas, las máspreciadas joyas pictóricas que admiraron al mundo, al salir de los pinceles de Velázquez, Goya, Ribera, Zurbarán, Murillo, Juan de Juanes y el Greco.

Posteriormente, Madrazo, Fortuny y Sorolla dan otra vez esplendor a nuestra pintura en el mundo universal del Arte, y también la horda roja ha dilapidado en pólvora fratricida este tesoro de nuestros últimos tiempos.

Esta que aporto es una razón nacional y sentimental. Sobre ella está la razón metafísica de que la obra de estos maestros es «*de nuestra*» y la que debe ser el espejo, porque ellos fueron quienes elevaron nuestros sentimientos y nuestra idiosincrasia a la categoría de arte perdurable.

Hora es ya de desterrar de nuestra actividad y de nuestras sensaciones ese tipo de pintura de última hora que no responde a «*nuestra manera de ser*», sino simplemente, y en algunas ocasiones, a «*nuestra manera de pensar*». Picasso y Dalí ya dieron, en el mejor de los casos, una pauta personal y analítica de su «*modo de ver*»; pero nunca el estilo inacabado de la forma o del color desglosados, puede ser un arte imperial que sirva para perpetuar una época de héroes ni de semidioses.

El surrealismo, el dadaísmo, el impresionismo, el cubismo y todos los «ismos», pueden servir, si se quiere, para ensayar o para salir del paso, en el

caso de los desaprensivos; pero la pauta de lo que ha de ser nuestra pintura en el espíritu del Nacionalsindicalismo, nos la da Zuloaga, por ejemplo, al triunfar estrepitosamente presentando en sus lienzos hombres y mujeres de carne y hueso y paisajes con alma, en los que alienta España.

* * *

Donde menos se ha producido la evolución del momento, de entre todas las Bellas Artes, es seguramente, sin embargo, en el mundo espiritual de la Música. Es como si el subconsciente de los autores estuviese en estado letárgico, o como si la emoción que les ha producido el estremecimiento de España les hubiera dejado catalépticos.

Nuestro Estado necesita más que de ninguna otra manifestación artística, de canciones folklóricas y de himnos de triunfo. Nuestras victorias de guerra, sin himnos ni canciones, son como esa Victoria de Samotracia que vemos con los brazos rotos y sin cabeza sobre las alas abiertas hacia una gloria que no podrá ser cantada ni aplaudida.

Es este el momento de crear la gran ópera de la Historia.

Al cabo y al fin, nuestro estilo en lo emocional es eso: una ópera gigantesca cuyo escenario es toda la Patria y cuyos coros disciplinados y en tensión salen a morir o a cantar sintiéndose cada uno el protagonista y dejando salir su angustia o su alegría prendida en la canción que exalta su grandeza o la de sus ideales.

Alemania ha sabido revivir su gran mitología de ritmo wagneriano. Atletas guerreros y vírgenes vigorosas danzan y desfilan otra vez por los vericuetos de la Selva Negra o cerca de los montes walkíricos, como personajes nibelúngicos, bajo el signo secular de la svástica.

Italia ha continuado el «Coriolano» y ha acabado las luchas entre patrios y plebeyos bajo el signo de los lictores y con el himno a Roma de Puccini, como música imperial de fondo en la gran ópera fascista.

Maestros geniales, ya tenemos. Ahora falta descomercializarlos y hacerles ver su misión casi de elegidos.

Y los demás, los que nos embrutecieron con cancioncillas frívolas y de mal gusto, que sólo han servido de ritmo grosero a los «chíviris» socialistas, esos, que rompan las batutas y dejen ennoblecarse en paz a la melodía no nacida de los pentagramas, porque si no, los tendremos que hacer callar nosotros.

Y también para que en España vuelva a latir un Arte auténtico, español y con una síntesis de permanencia imperial, tenemos preparado el ricino y estamos todavía en traje de faena, gritando ¡Arriba España!



La ciudad de Occidente.

Sólo es digno de vivir lo superfluo, aun cuando no podamos prescindir de lo necesario.

SEA esta afirmación original o ya dicha por alguien con anterioridad, el hecho es que ella, al mismo tiempo que resume la necesidad de arreglar —de un plumazo si estuviera en los límites de lo posible— todas nuestras contradicciones sociales y económicas, justifica y explica nuestro sentimiento romántico y nuestro estilo 'aparatoso, espectacular, teatral, grandioso e imponente, así como nuestra sed de Historia, teniendo por suprema aspiración el que nuestros descendientes sientan a través de los siglos orgullo por la tradición del Hoy, como nosotros lo sentimos por la tradición del Ayer.

Todo aquel que haya contemplado la mole sobria y grandiosa del Escorial, muy raramente habrá podido sustraerse a pensar: *Aquí estaba entonces el centro del mundo.* Ya Napoleón sintió emocionado ante unas piedras el peso de una civilización milenaria en Egipto, lo que le hizo exclamar ante sus soldados: «¡Cuarenta siglos nos contemplan!»; y no hay quien cruce las ruinas romanas por la Vía del Imperio, ante el Aventino y el Palatino, con la armonía tallada del Coliseum al fondo, que no piense: *¡Qué inmensa fué Roma!*

Razonando así, yo he soñado más de una vez en que la gesta cielópea y heroica de España sólo puede tener un remate digno de su volumen histórico, con un colofón arquitectónico y monumental a tono con lo sublime de nuestro esfuerzo, si fuera esta generación la que emprendiese la obra grandiosa —al terminar la Guerra— de levantar en medio del páramo castellano, en un inmenso laberinto de piedra, LA CIUDAD DE OCCIDENTE. Es posible que los cerebros prácticos, estrechos, utilitarios y mercantilistas, no pasen de ver frente a esta idea sino una fantasía salida de la mente de un poeta; pero si se piensa que la Gran Muralla de China (3.000 kilómetros) fué construida en ocho años; que el Canal de Panamá, que une el Pacífico con el Atlántico, tiene más de cincuenta millas; que el genio de la Italia fascista fertilizó, en menos de diez años, las regiones de Littoria, Sabaudia y Pontinia, en cuyo intento habían fracasado siempre Césares y Papas, y que nosotros mismos fundamos y alzamos cientos de ciudades entre los montes y las selvas de la

América virgen, se verá que este sueño no solamente es realizable, sino que con su realización quedaría levantado ante el Porvenir el más colossal monumento de la Humanidad alzado para perpetuar la resurrección del género humano, y que ante el brillo de la espada limpia y triunfadora de Francisco Franco, nuestro César, vuelve otra vez los ojos a la Cruz.

En esta CIUDAD DE OCCIDENTE, y en su plaza central, extensa como un campo de aviación, se alzaría la Catedral con sus campanas alegres y sus escalinatas soberbias, el Monumento a la Victoria, el Museo de la Revolución, el Altar de los Caídos, los Arcos de Triunfo, el Túmulo a los Reyes Católicos, el Monumento a José Antonio, los Palacios de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire; el Palacio de las Colonias, el Palacio de América, las Embajadas, los Ministerios del Estado Nacionalsindicalista y la Gran Tribuna Solemne, desde la que el Conductor de la Nueva España hablaría al Pueblo y al Ejército en los días de los grandes desfiles y concentraciones nacionales.

Amplias autopistas bordeadas por estatuas de héroes se abrirían en estrella hacia el Mar en todas direcciones. Academias militares y miles y miles de viviendas modernas y soleadas que surgirían entre parques, museos y piscinas en torno a estas construcciones y actividades, formarían la CIUDAD DE OCCIDENTE —que tendría alejados sus barrios dedicados al Comercio—, dando a la nueva capital un gesto imperial y a España un estilo nuevo.

Todo ello, dominando la columna alta, el friso y el bajorrelieve, con cielos altos, grandioso, imponente, sobrio, imperecedero.

Nuestra mayor satisfacción sería entonces pensar que dentro de mil años los españoles evocarían nuestra gloria y nuestro templo, con el mismo orgullo con que hoy los italianos evocan la grandeza de la antigua Roma ante las piedras del Viejo Foro, y nosotros ante El Escorial y ante el Alcázar de Toledo, que nos han destruído sin conseguir derrumbar ni humillar el bronce simbólico del Emperador Nuestro Señor Carlos V.

Para esta obra inmortal no faltaría ni una voluntad colectiva de esfuerzo nacional capaz de suplir hasta el poder falso del dinero, ni miles de brazos voluntarios que acarrearan la piedra desde las canteras más lejanas.

Perfil de José Antonio ante el mundo.

LA Historia tiene un nombre más que legar a los siglos.

Como los de los Césares, los Profetas y los creadores de religiones, ya se ha empezado a esculpir en piedra el nombre de José Antonio para entregarlo al Porvenir y a la Crítica histórica ornado de laureles eternamente frescos.

El milagro de su vida y de su muerte se hizo en España, como tantos otros que a España cupo hacer. Pero no es España solamente la Tierra Santa que El redimió con su filosofía nueva, con su ejemplo y con su sangre.

Cuando en medio de un mundo frío de consignas y apagado de almas, la Humanidad se retuerce sin fe en la vida del espíritu y en el dogma cristiano; cuando España se asfixiaba y se devoraba a sí misma en el malestar del «no ser»; cuando ya se enturbiaba nuestra Vida, porque nuestra razón de existir fué y será civilizadora y universal, es José Antonio, como un elegido, quien desempolva la Historia y apagando el rumor caótico de una generación enloquecida de odios, transida de dolores y abrumada por complicadas inquietudes, empalma nuestro esfuerzo con la vena auténtica y heroica que nos une al Pasado, y aparece ante el mundo con la angustia de un Cid o de un Quijote, recorriendo las tierras torturadas y secas de esta Madre de Pueblos con unas nuevas Tablas de la Ley que les dicen a los españoles: «Levantaos como Yo y seguidme...» Y con un nuevo Código de Hermandad abierto a los pueblos de la Tierra, que le dice al Mundo nuevamente: «Volved los ojos a Nosotros y ved que aquí está España, en posesión de la Verdad, abriéndoos sus brazos teológicos y justicieros en el Camino de lo Eterno.»

José Antonio grita un día al Mundo el peligro de los nuevos bárbaros que allá en las estepas del Asia afilan sus bayonetas para lanzarse sobre la Cultura, y es sólo después de muerto el Héroe cuando el Mundo empieza a comprenderle.

La hora española vuelve a sonar recia en el concierto de razas y naciones, y los clarines victoriosos de Franco se oyen, como en un día, por todos los repliegues del Globo...

... Y el Credo Nacionalsindicalista cruza en esencia las fronteras y los mares como el Evangelio español de una nueva Religión de Amor entre los Hombres.

No es sólo España, pues, quien despierta de un letargo histórico.

El alma de José Antonio, al vigilar desde lo Alto nuestra resurrección, hará que el milagro de Su doctrina humana y celestial a un tiempo, llegue a todos aquellos que sienten en sus nervios nuestra Gloria y en su carne nuestro Dolor. Todos los hijos de España.

Casi medio Mundo.

José Antonio se marchó a su Lucero cuando aquí en la Tierra era noche y noviembre. Joven como un César, sereno como un Angel, triste como un Mesías.

En aquel momento también el Cielo se rasgó y en todos los campos el parto de su Idea se iluminó de truenos y relámpagos sobre bosques de acero, con bíblica solemnidad.

Lejos de El, sus Camaradas cantaban por los montes ofreciendo a la Historia la más fresca corona de laureles para que ELLA la coloque en las sienes del mártir Profeta que, como un enviado del Cielo, trajo a los hombres la Justicia y el Pan cuando ya los hombres empezaban a olvidarse de que también Cristo había sido asesinado por ellos.

El fué, como Sigfrido, quien buscó al Dragón para vencerle.

ÍNDICE

	Págs.
El Nacionalsindicalismo es así.	1
Por la Patria, el Pan y la Justicia.	3
A manera de prólogo.	5
El primer día azul de España. (Valorización histórica del 29 de Octubre.).	7
España ya tiene Caudillo.	10
Franco, la Falange y «los otros».	12
La «Camisa Azul», símbolo de la Unidad Nacional.	14
La Bandera Roja y Negra.	16
Algo sobre el Estilo.	17
Matar «lo viejo», para volver a «lo antiguo».	19
Mística económica del Nacionalsindicalismo.	21
Lo social y lo espiritual en el credo Nacionalsindicalista.	23
La Guerra sólo fué el principio.	25
Misión del falangista.	27
La hora de la juventud.	29
Rusia, el enemigo del mundo.	31
Unidad de destino en lo universal.	33
Por un Museo de la Revolución Nacional.	35
El Deporte en el Estado Nacionalsindicalista.	37
Arte nuevo en el espíritu del Nacionalsindicalismo.	38
La Ciudad de Occidente.	42
Perfil de José Antonio ante el mundo.	44
Índice.	47

...Franco dijo a la Falange:

“Sois la más fiel expresión de la hidalguía española, vosotros que no tenéis taras políticas, que estáis completamente limpios de los pecados que llevaron a España a la situación caótica que sufríamos, seréis los verdaderos regeneradores de la Patria --: Vosotros devolveréis a España su grandeza --: Por eso con todas las fuerzas de mis pulmones, grito con vosotros,
¡ARRIBA ESPAÑA!”

(24 de Agosto de 1936 - I Año Triunfal)